



SIGMUND FREUD Y EVO MORALES, ¿DOS MODELOS A SEGUIR?

Myriam Ríos Madrid

Docente del Programa de Psicología
Funlam

En 1906, Freud es invitado a responder una encuesta “sobre la lectura y los buenos libros”, dirigida por un editor vienés a varias personalidades de la época. De entrada, la respuesta de Freud nos da una idea de la agudeza, la capacidad de observación, la lectura puntual, entre líneas, minuciosa, atenta, escrutadora, tan propia del fundador del psicoanálisis.

Como prueba de lo anterior, vemos que Freud se ocupa en pensar qué otras posibilidades podrían caber en el pedido que le hacen, mostrando de paso su gran erudición, su gran conocimiento y su exquisito gusto literario. Se le ha pedido que elabore una lista de “diez buenos libros”, pero él, más allá de esta solicitud, puede, a partir de su sólida experiencia lectora, estructurar otras categorías, por ejemplo, “las diez obras más grandiosas”, “los diez libros más importantes”, “los libros predilectos”, categorías todas por las que se mueve como pez en el agua, mostrando que desde niño es un gran lector, que muchas letras han pasado ante sus ojos y que muchas líneas han quedado inscritas en su mente y se han revertido posteriormente en su propia pluma, cuando en las páginas magistrales en las que expone los planteamientos fundamentales del psicoanálisis, recuerda el aporte de poetas y escritores, reconociendo la deuda que el psicoanálisis tiene con ellos, pues, los literatos han mostrado un profundo conocimiento sobre los asuntos humanos, anterior al que el psicoanálisis ha

presentado, además, que sólo ellos han podido expresarlo bellamente, bien dicho, es decir, que estéticamente, los poetas han enunciado su antiquísimo saber sobre lo humano.

Precisamente, en su trabajo *El delirio y los sueños en la "Gradiva" de W. Jensen*, Freud habla del vasto conocimiento que sobre el hombre poseen los poetas: "Ahora bien, los poetas son unos aliados valiosísimos y su testimonio ha de estimarse en mucho, pues suelen saber de una multitud de cosas entre cielo y tierra con cuya existencia ni sueña nuestra sabiduría académica. Y en la ciencia del alma se han adelantado grandemente a nosotros, hombres vulgares, pues se nutren de fuentes que todavía no hemos abierto para la ciencia". (Freud, 1979:8).

La importancia que Freud da al aporte de poetas y escritores se hace evidente para quien se sumerge en el edificio teórico del psicoanálisis, pues prácticamente toda su obra está atravesada por alusiones a este legado, alusiones que cobijan a personajes, autores y obras, y que fluctúan entre el nivel del simple comentario, a la profundidad de estudios en los que puede verse su conocimiento sobre obras de diversos autores, tales como: Ovidio, Schiller, Heine, Jensen, Horacio, Sófocles, Shakespeare, Wilde, Víctor Hugo, Ibsen, Anatole France, Shaw, Dumas, Stendhal, Dante, Eliot, Zola, Esquilo, Tasso, Cervantes, Virgilio, Moliere, Dostoievski, Homero, Balzac, Defoe, Flaubert, Grimm, Byron, entre otros, y sólo por citar los más conocidos en nuestro medio.

Volvamos a la encuesta. Luego de las observaciones realizadas y circunscribiéndose a lo pedido, Freud elabora su lista de los "diez buenos libros" entre los que hay ensayo, biografía, novela, historia de la filosofía, en fin, pone en esta categoría un abanico de "buenos libros" que nos hace pensar en el conocimiento, las críticas, la amplitud de pensamiento, los interrogantes, y las asociaciones que podrían generarse al final de la lectura de cada uno de ellos. Es indudable que habría que invertir mucho tiempo en el abordaje de la lista freudiana y que habría mucha tela para cortar posteriormente.

Para terminar, Freud señala algo que me parece de suma importancia, ya que puede servirnos como punto de comparación con la posición del otro personaje mencionado en el título de este ensayo; igualmente, porque nos muestra de nuevo al lector apasionado que es Freud, al hombre que tiene mucho

que decir, mucho que aportar sobre un asunto; así concluye Freud: “Con la demanda de ustedes de nombrar “diez buenos libros” han tocado algo sobre lo cual uno podría extenderse indefinidamente. Concluyo, pues, para no volverme demasiado comunicativo”. (Freud, 1979: 224).

Nuevamente, el creador del psicoanálisis nos da una lección sobre su gran dominio literario; es claro que su conocimiento de la literatura le permitiría hablar mucho sobre el tema, incluso, a partir de una pregunta tan sencilla como la formulada sobre los “diez buenos libros”. Me atrevo a considerar que no es sólo el conocimiento que posee lo que lo llevaría a hablar indefinidamente sobre el tema, es su pasión por la lectura, su pasión por extraer de cada página, de cada obra en la que se sumerge, algo sobre la esencia humana, sobre la inquietud humana, sobre el temible sentimiento de la finitud humana; sobre la infelicidad humana, sobre las pasiones que se agitan en el corazón humano y que, a la manera de la lucha de contrarios formulada por Heráclito, dinamizan la vida anímica, movilizan la energía psíquica y hacen del ser humano un ser complejo, contradictorio, ambicioso, insatisfecho. En fin, la pasión literaria freudiana no parece tener fin, forma parte de su ser, el psicoanálisis se debe en gran medida a ella, sin ella, muy seguramente, el psicoanálisis sería otra cosa, precisamente, un discurso carente de pasión, un discurso sin el sello de su creador.

En resumen, este corto artículo de dos páginas muestra al Freud apasionado por la literatura, por el conocimiento sobre el hombre que ésta refleja; al Freud que ha ido y venido muchas veces en un recorrido por las letras, periplo que inicia en la antigüedad y continúa a lo largo de todas las épocas, a lo largo de su vida, de su incansable búsqueda como investigador de los asuntos humanos.

De otro lado, en 1930 se le otorga a Freud el premio Goethe, distinción que la ciudad de Francfort había creado años atrás para resaltar la labor intelectual de personajes cuyo aporte hiciera honor a la memoria del famoso escritor germano. Freud, por problemas de salud, no pudo asistir a la ceremonia de premiación, pero envió en representación a su hija Ana, quien leyó un bello discurso en el que resaltaba la fina comprensión que tuvo Goethe sobre las grandes y complejas cuestiones humanas.

En este sentido, Freud hace un señalamiento particular, dado precisamente el conocimiento que Goethe logró sobre el ser humano, se trata de considerar hipotéticamente si el poeta hubiera simpatizado con los planteamientos del psicoanálisis; Freud responde afirmativamente: “Yo pienso que Goethe no habría desautorizado al psicoanálisis de manera tan inamistosa como tantos de nuestros contemporáneos. En varios aspectos se le había aproximado, por su propia intelección discernió mucho de lo que luego pudimos corroborar, y numerosas concepciones que nos han valido crítica y burlas son sustentadas por él como algo evidente”. (Freud, 1979:208-209).

Vale la pena mencionar algunos aspectos enunciados por Freud en los que se ve, esa que podríamos llamar “sintonía” entre la creación literaria de Goethe y los planteamientos psicoanalíticos. En primer lugar, señala Freud que Goethe ya había visto la importancia de las primeras relaciones afectivas, de su marca, ya sabía de su trascendencia a lo largo de la existencia del sujeto; así lo expresa el poeta:

“De nuevo aparecéis, formas flotantes,
Como ya antaño ante mis turbios ojos.
Debo intentar ahora reteneros?

y cual vieja leyenda casi extinta
la amistad vuelve y el amor primero” (209)

Igualmente, Goethe habló de los viejos deseos incestuosos que moran en cada uno de los seres humanos, deseos que no mueren, como lo ilustra la pasión que el poeta siente en su vejez por una mujer, frente a cuya presencia se interroga: “¡Ah! Fuiste en tiempos pasados mi hermana o mi mujer” (209)

Tampoco escapó a la agudeza intelectual del escritor germano, uno de los enigmas que ha desafiado desde tiempos inmemoriales la capacidad investigativa humana, enigma que aún hoy sigue demandando esclarecimiento y frente al que se han intentado las más disímiles teorías, incluida la obra del mismo Freud, se trata del enigma de los sueños, Goethe lo expresa así:

“Lo no sabido por los hombres,
o aquello en lo cual no repararon,
vaga en la noche
por el laberinto del pecho”. (209)

El genio de Goethe llegó a tales extremos en su conocimiento psicológico, que incluso supo del valor terapéutico de la verbalización, del efecto benéfico, paliativo que posee la enunciación oral de los contenidos psíquicos, aspecto que lo acercaría a la técnica psicoanalítica. Al parecer, Goethe utilizó en varias ocasiones un sencillo método terapéutico consistente en permitir que la otra persona hablara libremente, alentándola a expresar todo lo que sentía y pensaba en un momento determinado respecto a una situación, constatando luego los efectos catárticos de tal procedimiento.

Ahora bien, hemos presentado a un Freud homenajeado con el premio Goethe, que se esfuerza en mostrarnos el genio del poeta, su capacidad de observación, de análisis del ser humano, su mirada psicológica adelantada al psicoanálisis. Dejemos a Freud por un momento y ubiquémonos en nuestra época, en nuestra convulsionada, conectada y mediática época, en la que resulta casi imposible resguardar la intimidad, en la que de manera instantánea se tiene conocimiento de todo cuanto sucede en el orbe, desde el que pudiera ser considerado el acontecimiento más trascendental y decisivo para el futuro de la humanidad, hasta lo más prosaico de la vida íntima de cualquier individuo, no necesariamente figura pública reconocida.

En este sentido, la declaración del presidente boliviano, Evo Morales, señalando que no le gusta leer, que a lo sumo, sólo lee los títulos de los libros, me ha puesto a pensar en la existencia de una enfermedad que no solo aqueja a los políticos, sino a gran parte de la humanidad; enfermedad que en mi caso concreto, soy docente, me es muy cercana, ya que todos los días tengo que vérmelas con tales enfermos, librando una encarnizada batalla contra una patología que cada vez contagia a más individuos y desarrolla una virulenta resistencia a cualquier remedio que se pretenda utilizar para hacerle frente.

Buscando en un viejo libro, que por cierto, ya nadie consulta, el Larousse, veo que define la palabra “síndrome” como: “conjunto de síntomas que caracterizan una enfermedad o una afección”, y como los psicólogos somos famosos por clasificar, encasillar, diagnosticar y elaborar pesados manuales en los que caben, se describen, patologizan y multiplican todo tipo de conductas, excéntricas o cotidianas, me he dado a la tarea de configurar una nueva

patología, tarea que encierra, muy seguramente, un deseo inconsciente de lograr la fama que otros de mis contemporáneos consiguen en los realitis, los concursos de todo tipo, los guiness record, los videos subidos a you tube, los deportes extremos, o cualquier otro de los espectáculos circenses que se ofrecen en la actualidad para conseguir la fama mundial.

Así pues, hurgando en mi memoria, recordando la cantidad de pacientes que veo día a día con este problema, puedo establecer que el sujeto aquejado del que he llamado “Síndrome de Evo”, en honor a la sinceridad de este político, presentaría como mínimo los siguientes síntomas:

1. Siente odio, repugnancia o terror frente a los libros.
2. Muestra claro desprecio por la lectura, no expresa gusto por ella, prefiere realizar cualquier actividad, menos leer.
3. Considera que la mayoría de escritores fueron seres enfermos y amargados que no pudieron disfrutar la vida, que transitaron en absoluta miseria, dejando por escrito sus lamentos; opinión que también se aplica a los que están vivos, salvo a los que escriben libros de autoayuda.
4. Siente pánico en las bibliotecas, le producen terror, considera que son recintos polvorientos, fríos, cerrados, aburridos, en los que no se puede hacer bulla. Algunos enfermos llegan a perder el conocimiento sólo con oír nombrar la palabra biblioteca.
5. Tiene pesadillas recurrentes en las que se ve encerrado en una biblioteca, custodiado por gendarmes que lo obligan a leer en voz alta un libro de literatura. Se despierta temblando, bañado en sudor, gritando de terror ante tal escena. Pasados unos minutos, recobra la tranquilidad, se arrodilla, da gracias a dios por tratarse de una pesadilla, por permitir que en la vida real esto no suceda nunca.
6. No le gusta la gente que lee, no tolera su cercanía, ninguno de sus amigos o familiares próximos tiene, según él, esta aberración.
7. Vive confiado, tranquilo, pensando que los libros desaparecerán un día sobre la tierra, y que, a diferencia de los dinosaurios, la humanidad no querrá nunca reconstruirlos, saber cómo eran.
8. Presentó episodios de profunda depresión, con intento de suicidio, cuando en el colegio le pusieron a leer un libro. Investigaciones realizadas muestran que enfermos sobrevivientes repiten tales episodios estando en la universidad, incluso, cursando carreras humanísticas.

9. Entra en shock cada que oye mencionar un personaje, Don Quijote de la Mancha, de quien sabe de oídas, no por haber leído, que tenía una patología supremamente rara que lo compelia a leer y leer libros, actividad repetitiva que lo llevó a perder el juicio, pues es lógico que el cerebro humano no está diseñado para procesar tanta letra.

10. De niño, presentaba un cuadro alérgico (estornudos, tos, fiebre...) cada que tomaba en sus manos la cartilla de lectura, malestar que lo obligaba a tirarla lejos.

11. Siente profunda lástima por las personas que gustan de la lectura, pues considera que guardan en su interior un gen defectuoso que determina su extraña conducta.

Notas aclaratorias

- Habitualmente los síntomas se manifiestan en la infancia, son raros los casos de aparición tardía.
- Hoy, los síntomas suelen presentarse frente a cualquier tipo de lectura, sea libro impreso o digital.
- Según investigaciones recientes, el medio digital parece haber ayudado a la recuperación parcial de algunos pacientes. Se han observado casos, bastantes, de enfermos que logran leer correos electrónicos, mensajes de twitter, lo mismo que pequeñas reseñas en wikipedia, hazaña grande para los infectados con tan exacerbada patología que ha tomado visos de epidemia en nuestra época. Igualmente, analistas de vanguardia señalan que este tipo de lectura es muy importante y válida para la generación actual, impregnada hasta la médula de la tecnología y cuyo cerebro no necesita muchas letras, sólo imágenes, muchas imágenes; más aún, vaticinan el exterminio total de los libros y de la lectura en su forma tradicional, lo mismo que la inutilidad y desaparición de los libros electrónicos, pues ahora no hay público para textos largos, para perder el tiempo en esfuerzos mentales, cuando en 140 caracteres se puede expresar cualquier pensamiento, desde el más elevado, hasta el más trivial.

Aunque se considere la gravedad de estos síntomas, muchos hallan ventajas, por ejemplo, la enfermedad tiene una particularidad, no mata, a mediano ni a largo plazo. El paciente puede vivir largos años con ella, convivir en estrecha simbiosis con ella, en una armonía casi perfecta, para finalmente,

morir, por ejemplo, de una gripa o de un infarto. Así, no hay de qué preocuparse ante estos síntomas, pues los enfermos se cuentan por millones y duran bastante tiempo, incluso, muchos de ellos se desempeñan en altos cargos gubernamentales, la farándula, el deporte y la educación, entre otros; además, muchos infectados se encuentran en la capa más alta de la sociedad, la realeza, cuya vida social no les deja tiempo para leer, y en la más baja, las grandes masas de desposeídos, que, en términos de Marx, sólo tienen la fuerza de trabajo como propiedad, siendo la lectura un lujo que no pueden pagarse.

Es decir, esta es una enfermedad que no distingue clase social, color de piel y otras diferencias humanas. Es una enfermedad tan democrática como la muerte, aunque realmente no mata, se limita a infectar a los pacientes, en la mayoría de casos con el beneplácito de éstos, ya que los síntomas son relativamente fáciles de manejar, no suelen incapacitar al paciente en sus actividades diarias, como señalábamos antes. Al respecto, es tal el grado de compatibilidad paciente-patología (Freud diría, “beneficio secundario de la enfermedad”), que muchos manifiestan que la vida se sobrelleva mejor al amparo de esta enfermedad, que se evitan problemas, preguntas engorrosas, angustias existenciales y desasosiegos innecesarios.

Para la muestra un botón, el presidente Evo, un hombre entrado en años, que ha vivido muy complacido con su enfermedad, un hombre que no está solo con su patología (cosa tenaz sería el sumarle otra soledad a la que dicen acompaña al poder), millones de personas lo acompañan en esta cofradía de abstemios de la lectura, de indiferentes a las letras, de alérgicos a los libros, enfermedad con la que podrán seguir viviendo muchos años, disfrutando de excelente salud, tanto física como psíquica, y, para el caso de Evo, en una y otra reelección, porque muy seguramente lo van a reelegir, una y otra vez, pues la historia muestra que a las masas les encantan los dirigentes poco dotados intelectualmente, los iletrados, los que a punta de palabrería barata dominan el rebaño, conduciéndolo donde quieren, precipitándolo por el abismo de la ignorancia, la estulticia, la miseria mental, estado psíquico que para muchos es el estado ideal, la vida perfecta, el reino de la felicidad.

Tenemos, pues, dos personajes, dos maneras de mirar la vida, de enfrentar la vida, de posicionarse frente a sí mismo, frente a los demás, frente

al conocimiento, frente a los asuntos humanos, y, como los psicólogos somos tan dados a señalar el papel de los modelos, del ejemplo en la determinación de la conducta de los individuos, he querido presentar estos dos personajes; cada uno de ustedes mirará, determinará, desde su ética, indudablemente, cuál de las dos posiciones le permitiría al futuro psicólogo, mínimamente, una visión más profunda del ser humano, pues, no podemos olvidar que el psicólogo tiene que vérselas con seres humanos, con humanos angustiados, ilusionados, incestuosos, ambiciosos, desilusionados, acorralados en el absurdo de la existencia, ambivalentes, narcisos, agresivos.... Cada uno desempeñando un papel, en su novela familiar, en su tragedia, en su comedia, recitando el mismo verso desde la infancia, en fin, cada uno en el escenario humano que poetas y escritores han pintado tan bien...

Se me ocurre que son dos vías, que a la manera de Parménides, quien señalaba sobre la existencia de dos caminos para llegar al conocimiento, el del “ser” y el del “no ser”, pero, aquí, para nuestro caso, el del “leer” y el del “no leer”, el de la “pasión literaria” o el de la “fría indiferencia” frente a los libros.

Les dejo la inquietud, cada uno de ustedes está en libertad de elegir, pero eso sí, valga la pena recordar, que hay que hacerse responsable de lo que se elige, y que, por ejemplo, el elegir el segundo camino, bien puede llevar a realizar aseveraciones tan delicadas, como esa que ubica la génesis de la homosexualidad en la ingesta de pollo alimentado con hormonas, o a quedarse callado ante una encuesta sobre los “buenos libros”, pues nunca se ha leído ninguno y por lo tanto, no hay nada que decir, caso contrario al de Freud, que como citamos, “podría extenderse indefinidamente”, sobre el asunto preguntado. Ustedes deciden...

REFERENCIAS

- Freud, S. (1979). El delirio y los sueños en la “Gradiva” de W. Jensen. Obras completas. Tomo IX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979). Respuesta a una encuesta “Sobre la lectura y los buenos libros”. Obras completas. Tomo IX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979). Premio Goethe. Obras completas. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu.